

dria perdonar el grande Al-lah con su infinita misericordia, y siendo el profeta el que atribuyéndose todo género de derechos y preeminencias abusó primeramente en mayores proporciones de las ventajas que su posición le creaban, los casamientos en la gran familia musulmana se verifican á una edad muy temprana, sin concederles la importancia ni trascendencia con que son mirados entre otros pueblos.

El hombre no llega generalmente á los 25 años sin haber consumado este acto que consideran de los más triviales de la vida; y la mujer que alcanzase los 18 años y no se hubiese ya casado, se consideraría el sér más desgraciado que ha producido la creación.

Y sin embargo, la vida que en el matrimonio les espera no tiene muchos más atractivos que en el estado soltero, y las atenciones que puedan esperar de sus esposos, no compensarán ni podrán dulcificar las amarguras y tristezas de que está plagada su desgraciada condición. La menor falta puede dar lugar á una separación eterna, y si el marido quiere disfrutar de las ventajas que sobre las mujeres concedió el profeta á los creyentes, no tardará en darle una ó más compañeras para que con ellas comparta los cuidados de la casa, pudiendo por análogas causas relevarlas, si tiene medios suficientes y conviene á sus deseos.

Las ceremonias de un casamiento en Marruecos revisten una originalidad muy digna de describirse, si bien procuraremos omitir los detalles más insignificantes para no hacer interminables estos apuntes.

Como los hombres no pueden ver á las mujeres, los casamientos se concertan sin que los novios se conozcan, interviniendo únicamente los individuos de ámbas familias, especialmente las madres ó hermanos, los cuales se encargan de hacer á los novios una descripción exacta de las condiciones físicas y morales de su futuro esposo ó esposa.

Terminados estos pasos preliminares, y de confor-

midad con los interesados, el padre de la novia estipula con el del novio la dote que la primera ha de recibir, bien en dinero, ganado, fincas rústicas ó urbanas, etc., y cuya dote no percibela mora, á no ser que el marido reclame el divorcio por causas ajenas á la voluntad de la mujer; resultando que esta dote viene á ser una especie de garantía para la mujer que fuese desechada sin justificado motivo por su consorte. Convenidos estos puntos esenciales, se extiende el ácta matrimonial firmada por dos *adules* (notarios) y el *kadi* (el juez).

Conviene advertir, que la religion musulmana no considera impedimentos legales para contraer matrimonio, siempre que no sean con las madres, hijas, nietas, hermanas, cuñadas, tias, hermanas de leche, nodrizas, suegras y jóvenes confiadas á su tutela y procedentes de mujeres con quienes hayan tenido relaciones matrimoniales. Las viudas pueden volver á contraer matrimonio á los cuatro meses y diez días del fallecimiento del marido, siempre que no se hallaren embarazadas.

Despues de las ceremonias ya citadas, se determina el plazo en que principian las fiestas, las cuales van precedidas de la *hedía* ó regalo, que el novio remite á la novia con gran aparato, músicas y fiestas de pólvora, y cuyo regalo consiste en esclavas, telas, tapices, miel y frutas secas. Durante este tiempo las fiestas se suceden sin cesar, reuniéndose en casa del novio los hombres y en la de la novia las mujeres, hasta el día fijado para trasladar la prometida á la casa de su marido.

Esta operacion, que regularmente tiene lugar de noche, se verifica yendo los que le acompañan provistos de faroles, y la novia metida en una especie de pirámide de base cuadrangular llamada *annaria*, muy adornada con riquísimas telas, fajas y pañuelos de seda, y colocada sobre una mula lujosamente enjaezada. Preceden á la comitiva un número conside-

rable de moros provistos de espingardas, haciendo continuos disparos, cuya pólvora proporciona el novio, y acompañando todos sus actos de destempladas voces, que dan al cortejo un aspecto guerrero más bien que de casamiento.

Al llegar á la casa del novio bajan de la mula la *ammaria*, y una negra recibe la novia á la puerta, sin que sea vista de ningun hombre. La madre la acompaña, y por primera vez la presentan á su marido trasladándola á las habitaciones que la corresponden.

A la puerta de la calle continúan las detonaciones y el *yu, yu, yu.....* de las moras, indispensable en toda fiesta árabe, hasta que despues de haber comido abundantemente cuantos concurren á la ceremonia, y ya á altas horas de la noche, se retiran todos los invitados, no sin que los gritos de alegría de las moras anuncien á los que allí se encuentran, que se ha consumado el matrimonio.

Las ceremonias posteriores á las descritas y que tienen lugar durante los ocho dias siguientes, se limitan á recibir á los amigos y amigas respectivamente de ámbos consortes, estando la novia todo el tiempo sentada en una cama y rodeada de su familia. Las mujeres ostentan en estos dias un lujo exorbitante, viéndoselas adornadas con sus mejores trajes y más costosas alhajas; y por todas partes se hallan con profusion colchas y cortinajes de seda y damasco, primorosamente bordados al estilo del país.

Las bodas de los magnates del imperio sólo se diferencian en que á las ceremonias citadas hay que añadir *el laab-el-barud* (jugar la pólvora) que verifican tres dias consecutivos ántes de trasladar la novia á la casa del novio. En esta diversion favorita de los marroquíes, á que asiste el novio en calidad de espectador, concurren todas las principales autoridades y cuantos se quieren adherir á la fiesta, lo cual le dá un carácter verdaderamente popular. Es condicion indispensable que al disparar lo hagan apuntando al

novio, como señal de distincion y cariño, y cuando éste se retira á su casa despues de terminada la funcion, le acompañan algunos jinetes sin interrumpir sus disparos.

Entierros y ceremonias de estos actos.

La conformacion, tranquilidad, y hasta pudiéramos decir indiferencia, con que el musulman espera la muerte, sólo se concibe al compararla con la de Sócrates, que viené sirviendo de modelo con anterioridad á la era cristiana.

Si la felicidad verdadera consiste en ignorarlo todo y creer de buena fé lo que se nos mande, segun afirman los que no sólo dudan de todo sino que con sus teorías seria necesario empezar negando la existencia del mundo, nunca con más razon que en el presente caso podria decirse que el fanatismo religioso es la fuente de la felicidad humana. Pero este absurdo tan monstruoso no merece siquiera contestarse, porque se halla en constante pugna con el desarrollo de la inteligencia del hombre, la cual, á medida que adquiere más ensanche en sus investigaciones, tiene un extenso campo donde poder admirar el órden de la naturaleza, y analizando, bajo su verdadero punto de vista, la condicion que á la vida trae la criatura, hallará fácil y completo lenitivo á las amarguras de que está rodeada su existencia.

El musulman, ajeno por completo á las portentosas maravillas que el estudio suministra continuamente, y persuadido de que sus creencias son las verdaderas, muéstrase animoso en su última hora, y al conocer que su fin se apróxima, se vuelve hácia el costado de Oriente, donde se halla la Meca, y por consiguiente el sepúlcro de Mahoma, repitiendo sin cesar la profesion de fé que anteriormente hemos citado. Si su estado de prostracion no le permite efec-

tuar estos movimientos y la pérdida de sus facultades intelectuales le impiden morir recitando la *declaracion*, como ellos la intitulan, no falta nunca un pariente ó amigo que lo coloque de medio lado, le haga levantar el dedo índice, indicando que Dios es sólo uno, que no tiene ni compañero ni asociado, y él recita la declaracion durante toda la agonía del moribundo.

Las expansiones de dolor á que se entrega la familia del finado son muy sentidas, pero duran breves horas. Al primer momento los gritos de *uili, uili, uili...* desgracia, desgracia, son la señal de la que aflige á aquella familia; pero trascurridos algunos instantes se apodera de ellas la resignacion mayor y al recibir el pésame, que consiste en desear á la familia del finado una compensacion por el dolor que aquellos momentos experimentan, ellos mismos son los primeros en consolarse puesto que Dios así lo tenia escrito.

Los moros faltarian á su religion se diesen cabida en su pecho á la desesperacion, y ésta conducta deberia imitarse por los judios, pues con sus exageraciones extremadas convierten sus entierros en un acto ridículo y acreedor á la burla, cuando merece el respecto de todos por las grandes pasiones que en esos momentos luchan en el corazón humano.

Los entierros se verifican generalmente en el mismo dia en que mueren, á ménos que esto tenga lugar á hora muy avanzada de la tarde; dando lugar este precipitacion y la falta de médicos que reconozcan los cadáveres, á que, segun mi humilde juicio, sean frecuentes relativamente los casos de enterrar alguno vivo. Con observaciones hechas en diferentes épocas, podria confirmar estos desagradables presentimientos.

Llevado el cadáver á la mezquita lo depositan en una habitacion donde lo despojan de la mortaja, consistente en un jaik que cubre todo el cuerpo, y se procede á lavarlo con jabon y algunas esencias, cuidando de que no les entre agua por la nariz y la boca.

Concluida esta operacion, lo envuelven de nuevo en el jaik, y á la hora convenida lo colocan en una especie de camilla, propiedad de la mezquita, para conducirlo al cementerio.

Esta traslacion se verifica á hombros de cuatro ó seis de los convidados ó que en el tránsito se agregan á la comitiva, relevándose con frecuencia á fin de que á todos alcancen las recompensas que Dios concede al que se presta para este servicio. Durante el trayecto van cantando la profesion de fé, alternando entre los que preceden al cadáver y los que siguen detrás.

Esta costumbre indispensable, como toda imposicion religiosa, tiene grandes inconvenientes en tiempos de epidemia, pues el ruido que producen tantas voces y tan repetidos entierros, ejerce una influencia sumamente pernicioso entre los que profesan verdadero horror al cólera. De estos inconvenientes, los más directamente perjudicados son los hebreos que residen en aquel país.

Al llegar al cementerio, el cual consiste en un terreno sin labrar, bastante ventilado y con profusion de piedras que indican otros tantos sepúlcros, hacen una fosa de unos cincuenta centímetros de profundidad, donde colocan el cadáver, siempre envuelto en el jaik y entre cuatro losas, dos á los lados, una al frente y otra á los piés; procuran tambien dejarlo vuelto á oriente, en direccion á la Meca, y despues de algunas oraciones lo cubren con tierra y lo abandonan sin que ni una inscripcion ó epitafio indique el lugar en que ha sido enterrado.

Al dia siguiente y en los sucesivos acuden las moras á llorar sobre la tumba, y acompañadas de sus amigas permanecen sentadas largo rato reunidas en profundo dolor, pero sin que ninguna manifestacion exagerada desvirtúe la resignacion con que se someten á la voluntad divina,

Como se habrá podido observar, las ceremonias religiosas entre los moros reúnen dos grandes ventajas: la sencillez y baratura. Esta última sobre todo es digna de tomarse muy en cuenta, pues el moro nace, se casa y lo entierran sin pagar más que al barbero que lo circuncida, á los notarios que extienden el acta matrimonial y al encargado de lavarlo despues de muerto. Las tres cantidades forman una suma tan insignificante que ni áun mereceria citarse.

Sin embargo, las mezquitas viven holgadamente con las fincas que reciben de legados. Su número es considerable y tambien abundan las limosnas para el sostenimiento del culto mahometano, desempeñado en primer lugar por el juez y personas más ilustradas en su religion, y sucesivamente por los talebs y cuantos lleguen á poseer de memoria el Korán.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

IV.

Comercio.—Ventas en el soco.—Monedas, pesas y medidas.— Médicos.

El desarrollo relativamente grande que, desde nuestra campaña del año 1859, ha adquirido el comercio de Marruecos, es debido en parte á la intervencion que España tiene en las aduanas de aquel imperio hasta terminar la indemnizacion estipulada en el tratado de Tetuan, y á las condiciones impuestas en el que posteriormente ratificaron ámbos estados en Madrid, á fin de facilitar las transacciones comerciales de los súbditos españoles que se establecieran en el Mogreb. Sin embargo, la conducta observada por los representantes extranjeros en Marruecos, merece acervas censuras, pués en vez de aislar cuantas trabas y escollos opone el gobierno del sultán al engrandecimiento de su país y al bienestar de los europeos, se han dejado imponer, en ciertas ocasiones, por la veleidosa y egoista voluntad sherifiana sin considerar que el respeto á las leyes absurdas y vejatorias redundan en desprestigio de los pueblos que las toleran.

Desde que nuestros soldados abrieron aquellos inhospitalarios puertos á los mercados de Europa, la industriosa Albion, aprovechándose de las concesiones de nuestro tratado y de la fuerza moral que acompaña siempre al vencedor, se apresuró á introducir sus mercancías y exportar cuanto mejor convenia á sus plazas manufactureras. Siguió su ejemplo Francia

creando agencias comerciales y estableciendo una línea de vapores en competencia con otra inglesa, y que á su vez ensanchase las comunicaciones con aquel país, donde todavía queda mucho que explotar, ignorado por unos, y por otros mirado con indiferencia. Hoy Alemania, en vista de que los moros no son tan fieras como nos los pintaban, y que por el contrario, las operaciones mercantiles pueden estar garantizadas y protegidas de un modo más eficaz que en nacion alguna, se propone dar un gran impulso á sus negocios, abriendo ancho campo á sus múltiples productos y especialmente al ramo de quincallería. España, en cambio, es la única que, despues de haber vertido abundante y generosa sangre para llevar la luz de la civilizacion á un pueblo primitivo, aparece figurando casi en último lugar, por causas que no analizaremos, pues siendo demasiado espinosas, nos conducirían á poner de relieve las faltas de nuestros gobiernos y los desaciertos y escasa actividad desplegada por nuestros representantes, separándonos del objeto principal de estos apuntes.

Pero no llenaríamos nuestro cometido si dejásemos de añadir á estas consideraciones, algunas ideas, aunque breves, sobre el estado del elemento de vida más importante de un pueblo, el cual es sin duda alguna, el regulador de la civilizacion y progreso en que se hallan sus habitantes.

Conociendo la omnimoda influencia que la autoridad tiene en Marruecos, es necesario supeditar los resultados de la actividad humana á la ambicion jamás saciada de las personas que el sultán designa para ejercer los principales y más importantes cargos de la administracion; y en este orden, reduciendo las categorías y las exacciones en una progresion aritmética cuyo primer término fuese diez veces menor que el segundo, se tendrá la aproximacion de la penuria y dificultades que se ofrecen á los desgraciados musulmanes para poder desarrollar sus empresas y pro-

porcionar alguna salida á sus abundantes productos.

De esta dominacion ignominiosa están exentos los cristianos residentes en el Mogreb, por los diferentes tratados estipulados entre las potencias europeas y el sultán; pero como quiera que el español establecido en Marruecos necesita indispensablemente auxiliarse con el apoyo de los indígenas, no sólo por el idioma, que el europeo desconoce, sino tambien por ciertos conocimientos del país que son de gran utilidad, cuantos se hallan al servicio de un cristiano gozan durante este tiempo las mismas preeminencias concedidas al súbdito europeo. Y sin embargo, esta clase especial de proteccion y alguna otra que se concede, siempre con arreglo á los tratados, son deficientes ó casi nulas con relacion á lo que se necesita para verse libres de la rapiña de los secuaces del emperador, y la de algunas kábilas constantemente insurreccionadas, cuyos territorios no pueden ofrecer seguridad de ningun género á los intereses extranjeros. El que algunos europeos, y especialmente los judíos, abusen de los privilegios que se les conceden, no es una razon para dejar en el mayor desamparo á los que, procediendo siempre en el justo medio que las leyes prescriben, ofrecerian á España grandes ventajas, creando nuevos mercados donde llevar los artículos más necesarios para el consumo de ámbos Estados.

*
**

Los comerciantes establecidos en Marruecos, provistos de algunos agentes indígenas, hacen sus compras en el campo ó *socos*, con los moros, quienes les venden los granos, lana, pieles y otros artículos ántes de la recoleccion, recibiendo adelantado parte del importe á que asciende lo comprado, á fin de que, figurando como géneros del cristiano, el kaid, shej ú otro

jefe cualquiera, les guarde las debidas consideraciones.

Los géneros que se importan de Europa tienen su salida principal en las poblaciones, siendo los judíos quienes se encargan de llevarlos á las kábilas ó aduanares para expenderlos en los dias de mercado.

Los cereales no se pueden exportar sin permiso del sultán, quien suele autorizar la embarcacion, obligado por las exigencias de los representantes extranjeros, por un plazo de seis meses en los años que la cosecha es abundante, prorrogando este plazo en algunas ocasiones, no sólo porque continuen las mismas favorables circunstancias, sino tambien porque en ciertas estaciones el mal estado de los puertos del imperio hace imposible embarcar los acopios reunidos por los comerciantes.

De este permiso quedan siempre exceptuados el trigo y la cebada, á fin de que sus súbditos no sufran las inverosímiles consecuencias que producen en aquel país la falta de tan indispensables artículos.

Ventas en el soco.

En otro lugar de estos apuntes hemos hecho ya mencion de lo que vienen á ser los mercados en el Mogreb, conocidos con el nombre de *socos*, que se reúnen una vez á la semana en distintas partes, y cuya importancia está en razon de la riqueza y poblacion de las kábilas más próximas al lugar en que se verifican.

En estos *socos*, donde sin orden ni concierto se hallan cuantos productos se obtienen de aquel privilegiado suelo y de la escasa industria de sus apáticos habitantes, las ventas se efectúan de distinto modo, segun los artículos y la clase á que pertenecen. Los cereales, frutas, pieles, cera, manteca, miel y demás productos por el estilo, se compran sin género alguno

de aparatos y por los medios más primitivos; pero tratándose del ganado, y especialmente del asnar, mular y caballar, la forma varía por completo y el animal se adquiere en pública subasta, adjudicándose al mejor postor, si el dueño se conforma con el precio que ha logrado. En el sitio destinado á los caballos, se hallan desde muy temprano todos los que han de ser puestos á la venta, á fin de que los compradores puedan examinarlos y reconocer sus defectos ó buenas cualidades. Cuando el mercado ha adquirido todo su apogeo, los montan unos moros que viven de este oficio y desempeñan admirablemente el papel de nuestros gitanos. Prévias algunas oraciones para que Al-lah proteja al vendedor y comprador, y formados en batalla, se lanzan desesperadamente á la carrera, recorriendo una distancia de 500 metros por espacio de ocho ó diez veces en el intervalo de una hora próximamente, empezando luego la venta haciéndose las pujas por señas convencionales con el objeto de que nadie conozca su verdadero contrincante.

Durante este tiempo se ofrece generalmente al observador, el repugnante espectáculo de ver mezclado entre las bestias algun esclavo ó esclava que recorre todos los sitios del mercado acompañado de un móro el cual pregoná á grandes gritos el precio alcanzado por la mercancía humana; y á la par de la compra de un caballo se suele hacer tambien la de un negro que ordinariamente es mucho más barato. El aspecto de estos infelices es verdaderamente conmovedor, y no sé concibe cómo permanecen en esta situación sin procurar remediarla, apelando á todo género de recursos, pues en ciertos casos las causas deben justificar los medios.

Volviendo á la historia de un caballo en venta, horrorosamente martirizado por espacio de dos ó tres horas, pues las espuelas árabes, parecidas á las de nuestros picadores, les rasgan los ijares produciéndolo-

les abundante sangre; el primitivo dueño se presenta á cobrar el precio estipulado, en cuyo momento tiene que hacer una rebaja proporcional *por la puerta del cielo* (á *la bab Al-lah*)—con este nombre se distingue—porque de lo contrario el caballo y el nuevo dueño serian muy desgraciados. Esta original costumbre se la apropian tambien algunos cristianos, aparentando creer en tan ridiculas supercherías.

*
* *

Recorriendo las distintas partes que componen el *soco*, y deteniéndose á examinar los diferentes articulos, tiendas y puestos que se presentan á la vista del espectador, hallaríamos materia para extendernos considerablemente y hacer interminables estos lije-ros apuntes.

Para formarse una idea bastante completa del aspecto que presenta aquel conjunto de seres de todas clases, sexos y edades, que vagan de uno en otro lado anunciando sus mercancías con destempladas voces y los ademanes más grotescos, seria preciso trasladar nuestra imaginacion á los tiempos bíblicos, representar todos los tipos de la raza africana mezclada con numerosos individuos de la tribu de Judea y añadir á este cuadro original una suciedad imponderable.

Un espectáculo, muy comun para los marroquíes, suele generalmente calmar, por breves instantes, el desórden que allí reina: la aparicion de algun infeliz, montado en un maltrecho asno y casi desnudo, á quien azotan varios soldados del gobernador. El mismo castigado pregona á grandes voces las causas del tormento que sufre, y el pasearlo por aquel sitio y ofrecer á todas las gentes la vista de este terrible martirio, tiene por objeto hacer más público su castigo y que nadie ignore las consecuencias á que se expone el que pretenda burlar la vigilancia, casi nula, de las autoridades, y ocasione intencionalmente algun

daño á sus semejantes. Más adelante veremos cómo se ejecutan esta y otras clases de castigos, y los motivos que los originan.

Monedas, pesas y medidas.

El sistema de monedas, pesas y medidas que rige en Marruecos, es tan sumamente confuso, que sólo despues de una prolongada práctica puede conocerse á perfeccion y emplearse con seguridad de no ser sorprendido por alguno de los muchos judíos que pululan por todas partes en busca de inocentes á quienes sacrificar.

Las monedas en circulacion y de más uso, son la española, la francesa, la árabe, la inglesa y hasta la italiana. De todas estas sólo la de cobre árabe es admitida en el comercio, y la de plata y de oro de las demás naciones, tienen dos distintos valores, que á su vez se subdividen en otros muchos segun las alteraciones que introducen en cada punto del Mogreb. La moneda española, esto es, el duro, peseta y real, es la de más precio; la francesa, inglesa é italiana, tienen un valor uniforme. La diferencia entre el napoleon francés y el duro español consiste sólo en medio real escaso.

Por orden de importancia y circulacion, la moneda española ha perdido el primer puesto, pues si bien es muy considerable el número de pesetas, duros y onzas de oro que allí circulan, el oro francés y los napoleones han logrado exceder á la anterior cantidad, consiguiendo una aceptación mayor por razon del considerable comercio de esta nacion y de las pocas piezas de esta clase que resultan falsificadas.

La moneda árabe de cobre consiste en unos trozos de este metal, sumamente irregulares, con dos triángulos entrelazados que representan las armas de Fez. Los hay de uno, dos y cuatro *flus*, notándose gran ca-

restía de los primeros, pues los judíos, aprovechando nuestros desaciertos, los recogieron en su mayoría para traerlos á España donde se les concedía un precio cuádruple que en el Mogreb.

Seis *flus* de esta clase componen un *blanquillo*; cuatro *blanquillos* una *ónza*: siendo el valor de la peseta bastante variable, pues mientras oficialmente no se le concede más que siete onzas, en el mercado ha llegado á admitirse por trece y catorce; resultando de este laberinto una depreciación tan grande en el cobre que al cambiar un duro en monedas de este metal, se necesita apelar á un *camalo* (1) para trasportar aquella pesada carga. Esta confusión de monedas y cambios ocasiona frecuentes y profundos disgustos, que prometen aumentar á medida que el mal tome mayores proporciones.

Las monedas de plata, también árabes, fabricadas con igual esmero que las de cobre, consisten en piezas cuyo valor es de dos, dos y media y cuatro onzas, siendo muy raro hallarlas de mayor precio.

De oro, sólo se conoce el *bontquí*, moneda tan mal acuñada como las anteriores, pero que no tiene mezcla de ningún género y circula en el mercado por el mismo valor que las piezas de diez francos.

*
**

Si pará describir el sistema monetario se tropieza con serias dificultades por lo complicado, original y extraño, no ofrece ménos obstáculos el pretender dar una idea, por superficial que sea, de sus pesas y medidas.

Las ventas y compras al peso se verifican generalmente por libras y quintales; pero entre esta clase de

(1) Nombre con que se designa á los mozos de cuerda.

pesas es preciso distinguir las empleadas con artículos que provienen del extranjero y los que produce el país. En el primer caso, el quintal se compone de 112 libras, y la libra de 16 onzas, pero en el segundo sufre distintas variaciones, segun sean los artículos y los puntos en que se verifican las compras. Conviene advertir que las pesas especiales del país guardan siempre una proporcion mayor con relacion al quintal ántes citado.

Respecto á las medidas, es preciso convenir en que han sido más previsoros que los europeos, y en ninguna ocasion carecen de los útiles necesarios para efectuar cualquiera medicion, á ménos que sean mancos de ambos brazos.

El *codo* es la medida longitudinal que más se usa, y consiste en la distancia que media desde el codo á la punta de los dedos, y que viene á ser proximamente de 22 pulgadas inglesas.

En este caso, parecia que la sencillez no podia ambicionar una fórmula mejor, más económica y difícil de sufrir extravío, pero á fin de que todo sea anómalo en aquel imperio y que los europeos hallen siempre erizados de obstáculos los medios de combinar sus transacciones comerciales, y hasta los detalles más insignificantes que requiere la vida en los asuntos domésticos se presten á la confusion y la mala fé, hay en esta medida una ligera alteracion cuando se trata de compararla con determinados géneros. La variacion consiste en añadir á la distancia citada la que media desde la punta de los dedos y su union con la palma de la mano.

La operacion de medir por codos la hacen todos los moros con una agilidad y exactitud admirables; y sin necesidad de recurrir á pluma ó lápiz resuelven sus cuentas con gran precision y destreza.

Afortunadamente, nuestros sistemas de medidas y pesos van abriéndose camino en aquella desdichada administracion, y no ha de tardar mucho tiempo en

que los empleados actualmente queden relegados al olvido.

Médicos.

Dado el estado de barbárie y la más supina ignorancia en que todo se encuentra en los dominios de S. M. sherefiana, parece inútil indicar que la medicina corre parejas con los demás ramos del saber humano, sin ofrecer la menor preocupacion á aquellos felices mortales, pues su extremada confianza en Allah les hace creer que cuentan con el único medio de atender á sus dolencias, y de él imploran el remedio cuando lo necesitan.

En repetidas ocasiones les he oido decir que los cristianos han hallado el medio de hacer inventos verdaderamente prodigiosos, pero que Dios ha castigado su soberbia poniendo un límite á sus ambiciones; este límite es la muerte, contra la cual no encontrarán nunca remedio. Esta manera absurda de pensar y la razon no ménos atendible de haber sido engañados por los renegados ó no renegados, que han explotado en otro tiempo su ignorancia con algun resultado, hace que hoy dia, cuando acuden á un médico europeo, lo cual sucede con frecuencia, se opongan á pagarle y á abonar las medicinas que consuman ántes de que hayan notado completo alivio ó por lo ménos una mejoría relativa. Es necesario que el doctor establecido en aquel país, adquiriera fama con algunas curas excepcionales para merecer la confianza de gentes tan fanáticas como desconfiadas.

Lo verdaderamente extraño y que acusa una falta completa de aficion al estudio, es considerar como poseyendo un número respetable de obras árabes de terapéutica y cirugía, que por su mérito especial pudieran todavía servir de guía á nuestras eminencias en esta complicadísima materia en que han de tras-

currir muchos siglos ántes de que se diga la última palabra, nadie, sin embargo, las hojea y en tan punible abandono se encuentran, que es de temer no proporcionen ventaja alguna á los que más adelante procuran extraerlas del reposo en que se hallan.

Los discípulos de Hipócrates y Galeno que en Marruecos recorren los *socós* con el pomposo nombre de *Tebib*—médico—y que no obstante sólo merecen el de malos curanderos, ejercen su oficio de una manera verdaderamente asombrosa. Situados en una parte ya determinada del mercado, y albergados de los rayos del sol por medio de una tienda ambulante, de forma antidiluviana, presentan á la vista del expectador unas barrillas de hierro, rectas, encorvadas y con un botón en el extremo; las cuales se hallan constantemente al fuego esperando algun paciente que en vez de curarse quiera aumentar sus males. En una pequeña caja rústica, llevan además unos canutos de caña que contienen cierta clase de polvos minerales ó vegetales, y que de crear sus extensas relaciones producen milagrosos resultados.

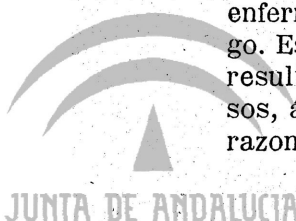
Cuando se presenta algun enfermo, cuenta detalladamente la historia de su padecimiento, aplicándole en seguida el *Tebib* unos cuantos botonazos, cualquiera que sea el sitio dolorido ó enfermo, pasándose él primeramente el hierro rojo por la lengua á fin de anonadar á la víctima con su portentosa habilidad é inverosímil sabiduría.

Imposible es describir el efecto que estas curas producen en el ánimo del que por primera vez las presencia, siendo digna de admiracion la resistencia y sufrimientos de los descendientes de Ismael, pues durante un horroroso martirio, que algunas veces se prolonga por espacio de media hora, no exhalan ni siquiera el más leve quejido.

Si la cura no tiene nada de agradable, en cambio debe concederse á aquellos *tebib*s el título de sábios muy modestos, pues ejercen su oficio por una retri-

bucion tan módica que contrasta con las aterradoras exigencias de los médicos europeos. Dos reales es el precio más subido á que alcanza una cura, y por esta cantidad se podrá conocer la gratificación que recibirá el *tébib*, cuando el enfermo pertenece al número de los que prefieren perder su vida á una parte insignificante de su fortuna.

Existe otro medio de curar sin necesidad de acudir á las cauterizaciones, pero éste sólo pueden emplearlo los *santones* que, como ya hemos dicho, abundan mucho en Berbería. Es creencia general que estos farsantes ó fanáticos tienen un modo especial de entenderse con los espíritus que por la voluntad de Al-lah rigen nuestros destinos, y por lo tanto, unos garabatos que ellos dicen entienden y que trazan sobre un pedacito de papel ó sobre un huevo, son suficientes para que la enfermedad desaparezca de aquel que los lleve consigo. Estas curas son más caras y producen mejores resultados, según he podido observar en muchos casos, á pesar de no explicarme satisfactoriamente la razón de estos fenómenos fisiológicos.



V.

El sultán.—Visir.—Gobernadores, kadís y shejes.—Atribuciones de estas autoridades.—Castigos.—Muerte de un sultán.

El 11 de Setiembre de 1873 fué proclamado emperador de Marruecos el que hoy rige los destinos de aquel desquiciado país, Muley Hasan, (1) perteneciente á la dinastía de los sherifes é hijo de Sid Mohammed, soberano ignorante y pretencioso que tuvo la desgracia de seguir la conduta que le marcaron vários desleales amigos, comprometiendo á su país en una guerra que le produjo amargos y prolongados disgustos.

A la muerte de su padre, hallábase Muley Hasan en la ciudad de Marruecos, y apoyado por la proteccion que le dispensaba su suegro y tio carnal Muley El-Abbas, pudo sofocar en un principio las diversas rebeliones surgidas por la ambicion de vários príncipes ansiosos de ocupar el trono de sus antecesores. La conducta observada por Muley El-Abbas en esta ocasion, demostró que el ilustre jefe de las fuerzas marroquíes que combatieron en los campos de Tetuan contra los españoles, no habia desperdiciado las tristes lecciones de la experiencia, y en su corazon se albergaban sentimientos tan elevados que le hacian dig-

(1) La palabra *Muley*, significa en árabe *mi dueño*. Una costumbre inveterada, pero inadmisibile en el fondo, nos obliga á emplearla todavía en este lugar.